

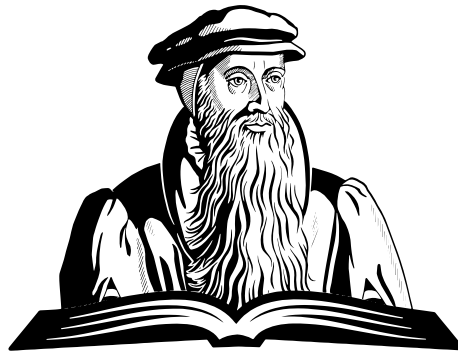
---

# MÓDULO DE VIDEO CONFERENCIA: DÍEZ MANDAMIENTOS

---

## LECCIÓN 17: EL DÉCIMO MANDAMIENTO

Ponente: Pastor A.T. Vergunst



**The John Knox Institute**  
of Higher Education

*Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

**Instituto John Knox de Educación Superior**

*Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: [www.johnknoxinstitute.org](http://www.johnknoxinstitute.org)

El Pastor A. T. Vergunst es un ministro del Evangelio y tiene planes de servir la Congregación Reformada de Carterton, New Zealand en junio del 2020. Actualmente sirve en la Congregación Reformada Neerlandesa de Waupun, Wisconsin, USA.

[www.nrcwaupun.org](http://www.nrcwaupun.org)  
[www.rcnz.org](http://www.rcnz.org)

## *Módulo*

---

# DÍEZ MANDAMIENTOS

18 LECCIONES

*PASTOR A.T. VERGUNST*

1. Introducción
2. El Dios de la Ley
3. El Paraíso y la Ley
4. Jesús y la Ley
5. La Ley y el Pecador
6. La Ley y el Santo
7. La Ley en el Monte Sinaí
8. El Primer Mandamiento
9. El Segundo Mandamiento
10. El Tercer Mandamiento
11. El Cuarto Mandamiento
12. El Quinto Mandamiento
13. El Sexto Mandamiento
14. El Séptimo Mandamiento
15. El Octavo Mandamiento
16. El Noveno Mandamiento
- 17. El Décimo Mandamiento**
18. La Ley en la Eternidad

## *Lección 17*

---

# EL DÉCIMO MANDAMIENTO

El joven Saulo era religioso. Era celoso para Dios. Era uno de los que pensaba que guardaba la Ley de Dios a la perfección. Decía que era intachable en obediencia. Hasta que Dios lo inscribió en la escuela divina de la Ley. Entonces, Dios hizo que enfrentara el décimo mandamiento. Por primera vez, Saulo entendió que el décimo no era solo el décimo. Este mandamiento era pertinente a los otros nueve. Al entender esto, Saulo admitió que murió. Murió a su auto estima y a su falsa esperanza. Sin embargo, ese descubrimiento fue el comienzo de una nueva vida.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 17

Bienvenido al estudio del décimo mandamiento. He titulado esta lección El mandamiento de ser perfecto en la obediencia de cada mandamiento. Las palabras del décimo son de la siguiente manera, según lo que dice Éxodo 20: “No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo”. Ahora bien, cualquiera de ustedes que haya escalado una montaña alguna vez sabe lo que se siente llegar a la cima. [Existe] un sentido de alivio al alcanzar la cima y ver la belleza para la cual has escalado, pero debo desilusionarte diciéndote que ese no será el sentimiento cuando hayamos llegado al décimo mandamiento. Aunque es el último mandamiento, no es para nada el menor de ellos.

¿Recuerdas que en nuestra primera lección, cuando dimos un vistazo general de este curso, describí que nuestro viaje sería como subir al monte Sinaí? Vimos varios aspectos, y luego cuando comenzamos a ver la Ley de Dios, usé la analogía de un edificio, un edificio de diez pisos, pero como descubrirás hoy, el décimo piso realmente no es un piso separado. Es mejor pensar en el décimo como la estructura interna y el cableado de todo el edificio. De esta manera, el décimo no es la cima de la Ley, sino más bien, un corazón espiritual de cada mandamiento que Dios ha dado en los nueve anteriores. Por lo tanto, amigos míos, prepárense. Analizar el décimo mandamiento será lo más revelador y lo más devastador para la imagen errónea que tenemos de nosotros mismos en lo que respecta a nuestra obediencia a los mandamientos de Dios.

Nadie describió ese descubrimiento mejor que un hombre llamado Saulo de Tarso, que más adelante fue el apóstol Pablo. Por un periodo de tiempo, Saulo de Tarso era la estrella de su clase y también pensaba de sí mismo que era la estrella de la clase. Escribió que pensaba que era el siervo más intachable entre todos los fariseos, hasta que Dios le dejó claro el décimo mandamiento, “No codiciarás”. Saulo vio que incluso su vida, que brillaba con la religión, era una vida pecaminosa completamente sucia y compartió que murió a su vieja imagen de sí mismo. Puedes leerlo en Romanos capítulo 7. Fue el décimo mandamiento que hizo al apóstol, que antes era Saulo y después fue Pablo, ver la profundidad de sus pecados.

Por lo tanto, me gustaría comparar el décimo mandamiento y de alguna manera, todos los mandamientos a la tecnología médica de la imagen de resonancia magnética. Anteriormente, teníamos radiografías que te daban una vista frontal o lateral de ciertas partes de tu cuerpo, mayormente tus huesos. Pero la resonancia magnética nos da capa por capa una imagen de cada parte de nuestro cuerpo interior: nuestro cerebro, nuestro corazón, nuestras venas. No como la vieja radiografía, de un solo ángulo, sino que el médico puede ver cada ángulo de nosotros con la resonancia magnética. Ese es, en algunos sentidos, a lo que quiero comparar el décimo mandamiento. Es como una resonancia magnética: cómo guardamos todos los nueve mandamientos.

Recordamos que he comenzado cada lección con un principio antes de indagar en el mandamiento. En este último no haré eso. La razón es que el décimo mandamiento es nuestro décimo principio, y eso está reflejado en el título, El mandamiento de ser perfecto en la obediencia de cada mandamiento. Así que, veamos juntos realmente qué prohíbe Dios en el décimo y que manda. Dios no nos prohíbe codiciar, sino que Dios nos prohíbe codiciar lo que es de nuestro prójimo.

La palabra codiciar tiene un significado muy positivo. Se refiere a desear algo con mucha fuerza. Es ansiar, querer o anhelar algo. Aunque usualmente pensamos en la palabra codiciar en un contexto negativo, también es una palabra positiva usada en las Escrituras como dirección, como un comportamiento aprobado. Déjame darte algunos ejemplos del Nuevo Testamento. En 1ª de Corintios 12:31, el Espíritu Santo inspiró a Pablo a que escribiera: “Procurad, pues, los dones mejores”. Y ¿qué es el mejor don? El amor, el amor según Dios. Debemos codiciar eso. Eso no solo está permitido, es un mandato.

En 1ª de Corintios 14:39, el apóstol Pablo ha estado enseñando sobre los dones espirituales que fueron dados a la iglesia del Nuevo Testamento, y en conexión con eso escribe: “Así que, hermanos, procurad profetizar”. El mejor don en todos estos dones era que pudiéramos enseñar a las personas a partir de la Palabra, explicar la Palabra de Dios. A eso se refiere con profecía. Pablo dice, codicien eso. Qué bueno sería si mucho más de este tipo de codicia se hallara en nuestras vidas, codiciar ser piadosos, codiciar ser humildes, codiciar ser usados en el reino de Dios como instrumentos en Su mano, codiciar aumentar en el conocimiento de Dios en nuestras vidas. Esos son [ejemplos] positivos de codiciar.

1ª de Timoteo 3:1 no usa la palabra codiciar, pero el apóstol Pablo habla favorablemente del varón que anhela el obispado. Anhela ser usado en una posición de liderazgo. No se desaprueba. Es una codicia buena. Proverbios 18:22 dice que encontrar esposa es bueno. Ahora bien, antes de encontrar una esposa, existe un anhelo de encontrar una esposa. Eso es codiciar, un deseo sincero, un anhelo. Eso no es malo. Eso no es pecaminoso. Así que, por lo tanto, el décimo mandamiento no está prohibiendo la codicia. Nos prohíbe codiciar pecaminosamente, y la codicia se vuelve pecaminosa, cuando deseo poseer lo que pertenece a otra persona o algo a lo que no tengo derecho.

En Habacuc 2:9, el profeta se refiere al que codicia diciendo: “¡Ay del que codicia injusta ganancia para su casa...!” Esa palabra codicia injusta sucede cuando quiero tener con muchas ganas la casa de mi prójimo, la esposa de mi prójimo o si quiero sus hijos, sus siervos, sus negocios o quizá su título, posición o estatus. Cualquier cosa que desee de mi prójimo de una manera pecaminosa es codicia, y codiciarlas quiere decir que estoy consumido con el deseo. Debo tenerlo. Quizá incluso los medios que usaría para obtenerlo pudieran ser erróneos y pecaminosos. Eso es codiciar. Desde luego, todos debemos estar atentos de que un deseo legítimo a menudo puede convertirse en un deseo ilegítimo o convertirse en una codicia mala.

Los hijos son un regalo de Dios, y es normal que cada pareja codicie o desee con sinceridad el regalo de los niños en el matrimonio. Eso es legítimo, pero un deseo que me haga celoso de ver a otros teniendo hijos se convierte en una codicia mala, o me haría usar medios ilegítimos para generar hijos, o me haría robar un niño. Ahora bien, un deseo legítimo se convierte en una codicia mala, incluso si me hace gozarme de la pérdida de mi prójimo, eso es una codicia mala. La codicia mala es un asesino silencioso y un camino engañoso. No solo nos ciega a lo que tenemos, sino que también hace que nos desviemos a acciones pecaminosas. Así que, esa es la superficie del décimo mandamiento: “no codiciaras”. Pero, amigos míos, hay mucho más en el décimo mandamiento que estas pocas palabras que he dicho.

Leámoslo otra vez; el décimo no dice: “No serás codicioso”. Dice: “No codiciarás”. Eso va mucho más allá. Volvamos a recordar y retrocedamos por un momento, ¿qué es la Ley? ¿Qué aprendimos sobre la Ley de Dios en estas lecciones? La Ley es el reflejo de nuestro Hacedor, el reflejo del corazón del ser de Dios. Fuimos hechos a Su

imagen. Fuimos hechos para reflejar Su semejanza en cómo vivimos y en cómo amamos, no solo en los diferentes atributos sino en ser perfecto, en ser sin pecado. Eso se refleja en cómo vivimos delante de Dios y en cómo vivimos delante de nuestro prójimo. Eso es lo que Dios quiso que fuéramos.

Y ahora, Dios nos manda en el décimo mandamiento, 'se perfecto guardando cada uno de los nueve mandamientos'. Dios exige semejanza plena a Su propio ser en cuanto a cada mandamiento. A partir las mismas raíces de nuestra existencia, a partir del ser interior, Él quiere que reflejemos Su perfección siempre, en todo momento, en todas las circunstancias: "no codiciarás". La pregunta 113 del Catecismo de Heidelberg, y su respuesta, nos da esta exposición tan apropiada sobre el décimo mandamiento. Primero, permíteme leer la exposición entera. Dice: "Que ni por deseo o pensamiento nuestros corazones se rebelen jamás contra alguno de los mandamientos de Dios", toma en cuenta cualquiera de los nueve, "sino que en todo tiempo aborrezcamos el pecado de todo corazón y nos deleitemos en toda justicia". Ese es el centro del décimo mandamiento.

Podría asemejarlo a las leyes de los leprosos. Una pequeña mancha, un cabello blanco, declaraba a alguien completamente inmundo, como leproso. Así es con el décimo mandamiento. En el décimo, Dios declara que cualquier deseo o cualquier pensamiento contra cualquiera de Sus nueve mandamientos que nos ha dado está prohibido. No, no debería estar solo en nuestros corazones. No debería vivir o ser permitido solo en nuestros corazones. No, como lo explica nuestro catecismo, nunca debería entrar en nuestros corazones. Dije que "no codiciarás" es diferente a "no serás codicioso". No, ni siquiera el deseo más pequeño contra ninguno de los nueve mandamientos debería surgir en nuestro corazón.

La estocada del décimo mandamiento es muy profunda. Va a las capas más profundas del corazón en nuestra existencia diaria. Solo pensemos en cuando estamos cansados, en estrés y agotados, y en esa condición somos provocados, ahora, ¿qué me dice el décimo? Que ni siquiera debe surgir en mi corazón el deseo de gritar, vengarme o darle su merecido. En el momento en el que surge, quebranto el sexto o el octavo mandamiento. Eso ya es malo de por sí, pero no debería surgir en mi corazón. "No codiciarás". Nada. Cuando otros prosperan a mi alrededor, pongámoslo así, cuando otros a mi alrededor tienen más de lo que podrían desear, mientras yo estoy pasando trabajo, cuando otros están gozosos, mientras yo sufro revés tras revés, no codiciarás quiere decir que envidiar su prosperidad nunca debería aparecer en mi corazón, ni debería surgir en mi corazón celos en los que deseo tomar un poco de lo suyo, ni una celebración secreta cuando la pérdida finalmente los visita. "No codiciarás". Eso no debe surgir.

Toma como ejemplo un granjero que está honrando el sábado. El sol brilla. La cosecha está madura, o hay paja en el campo y el pronóstico dice que mañana lloverá. "No codiciarás". ¿Qué? No deseemos que se acabe el domingo para que podamos cosechar. Eso sería una transgresión contra el cuarto. O, no dejemos que surjan en nuestros corazones celos de nuestros vecinos que se pusieron a cosechar. ¿Puedes sentir la profundidad a la que llega este décimo mandamiento? En el décimo, Dios manda que guardemos los otros nueve mandamientos a la perfección. Dios nos manda a ser santos, no solo a hacer cosas santas. Ser santos va al centro de nuestro ser.

En el décimo mandamiento, amigos, Dios establece las bases para los otros nueve. Viene antes de tus acciones, antes de tus palabras y antes de tus pensamientos. Nuestro corazón debe ser, únicamente, una fuente de cristal que fluye hacia lo que sea que pensamos, hacemos, deseamos o imaginamos. Por lo tanto, en el décimo mandamiento, Dios llega a lo que llamamos el pecado original. Esa fuente turbia y sucia de nuestros corazones no debería estar ahí y ni obrar, pero esa es nuestra mayor necesidad.

Ahora bien, la realidad del pecado original es gravemente negada e ignorada cada vez más en nuestra sociedad actual. El mundo secular no quiere oír sobre la pecaminosidad de nuestro corazón. Las tendencias y deseos naturales de nuestro corazón deben tener un lugar para ser expresadas. El hombre necesita libertad, es lo que oímos. Necesita la libertad de vivir según los deseos del corazón, desde luego, siempre y cuando no hagan daño a otros. Pero, si ofende a Dios o contradice la voluntad ordenada de Dios en cuanto al matrimonio o la sexualidad de la sociedad o la iglesia, no importa, siempre y cuando tengamos la libertad de ser nosotros mismos. Eso es contrario al décimo mandamiento. La voluntad de Dios es: no codiciarás nada en contra de la Ley pura y perfecta de amor a Dios y a nuestro prójimo, ni en pensamiento, ni en palabras, ni en hechos, pero tampoco en la fuente misma de nuestro corazón.

Ahora, si sientes que la resonancia magnética espiritual de nuestra alma le da un golpe mortal a la imagen que tienes de ti mismo, entonces has sentido bien. ¿No es eso lo que el apóstol Pablo escribió en Romanos

7, cuando experimentó que Dios vino a él con “no codiciarás”? Murió a su propia imagen. Así que, eso es lo que Dios prohibió en el décimo mandamiento, pero ahora, ¿qué exige Dios en el décimo mandamiento? Eso es incluso más difícil de lo que prohibió. Amigos míos, la única manera de entender realmente la profundidad del décimo mandamiento, es tomar como punto de partida a Dios, a quien debemos reflejar en nuestra vida según fuimos creados para hacerlo.

Jesús nos manda en Mateo 5: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”. ¿Qué significa perfecto? Quiere decir que odiamos todo pecado con todo nuestro corazón. “Odio” es una palabra intensa. No es solo un sentimiento; también es una acción. Ser perfectos quiere decir que odiamos todo pecado con todo nuestro corazón. Todos tenemos nuestros pecados que nos asedian, nuestra pecaminosidad personal, ya sea orgullo, poder, deseos sexuales, amor al dinero, el prestigio, el control o el placer. Ahora bien, ser perfectos quiere decir que no solo luchamos y resistimos estos pecados eliminándolos, sino también debemos odiarlos. Ninguno de estos pecados debe surgir en nuestro corazón jamás. Debemos ser reflejos de Dios. Debemos ser como Él. No está en el corazón de Dios. Ninguno de estos pecados está en Su corazón. No deben estar en nuestro corazón.

Ser perfectos quiere decir que debemos odiar en todo momento todo pecado con todo nuestro corazón. Todos tenemos momentos en los que sentimos ganas de permitir nuestro orgullo, nuestros malos deseos y nuestras sugerencias. [Es] en esos momentos especialmente, en los que estamos solos o cuando estamos en privado, que Satanás doblará sus esfuerzos como lo hizo con Jesús en el desierto. Pero aquí está la estocada de toda religión verdadera, no solo en decir no a Satanás y a sus mentiras, sino siempre tener un corazón perfecto contra todo lo que sugiere en todo momento, en todas las circunstancias. ¿Es ese el fin y el alcance de ‘sed perfectos’? No, el Catecismo de Heidelberg tiene algo más que decir. Dice: “...y nos deleitemos en toda justicia”.

Ahora, considera la palabra “deleite”. Dios se deleita en la justicia. Debemos deleitarnos, complacernos y disfrutar, no solo las cosas buenas de la vida, sino también en la justicia. ¿Qué significa justicia? Quiere decir ser recto y hacer lo correcto. Amigos míos, justicia significa deleitarse en poner la otra mejilla y deleitarse en hacerlo. La justicia se deleita en caminar la otra milla y deleitarse en hacerlo. Eso es justicia. Debemos deleitarnos en ser perdonadores de los que nos han ofendido y hacerlo rápidamente, con gozo y con deleite. Eso es justicia.

¿Puedes ver cuán profundo es el alcance de este último mandamiento dado en el monte Sinaí? En el décimo, Dios manda o dirige nuestra atención a nuestro corazón en relación con cada mandamiento. Por eso dije que no es como un décimo piso. Es como la estructura y el cableado interno de los nueve pisos. Fluye a través de todos ellos. Dios dice que en cada mandamiento debemos exhibir el reflejo del corazón de nuestro Creador. ¿Quién no se sentiría abrumado por la profundidad de este mandamiento? Pero ¿puedes ver por qué es tan vital y por qué está en el centro del gozo, la felicidad y la belleza de nuestra vida con Dios y con los demás? La intención de Dios en este décimo mandamiento solo es que nos sintamos abrumados. Su intención es convencernos de pecado, penetrar hasta el centro, hacernos entender la verdad de que necesitamos un Salvador.

Amigos míos, esa verdad se entiende aún más cuando nos recordamos a nosotros mismos de que desde nuestro lado no podemos borrar ninguno de los pecados contra todos los mandamientos. Los medios humanos son inadecuados para tratar con el pecado. Estos pecados que están en lo profundo de nuestro ser, como lo presenté aquí en el décimo, a menudo se escapan de nuestra atención. La verdad, todo lo que hemos hecho en estas nueve lecciones viendo la Ley, incluyendo esta, es ver la punta del iceberg. Solo estamos tocando la superficie de lo que significa amar a Dios con todo nuestro corazón, mente, fuerza y alma y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos en el nivel en el que Jesús amó. Dios ha quitado un poco de la ignorancia acerca de nuestro estado de culpa. Seamos sinceros; nos encontramos con una condición terrible cuando comenzamos a mirar el espejo de la Ley de Dios y vemos nuestro reflejo.

Así que, concluyamos esta lección sobre la Ley de Dios no solo en este sentido. Como se ha dicho a menudo, la Ley de Dios es Su forma de revelar el pecado, pero no la de removerlo. Es el espejo para mostrarnos cuán culpables e inmundos somos, y hemos visto eso incluso en este mandamiento. Dios usará la Ley como un martillo para romper nuestro orgullo y humillar nuestro ego, y mientras más oímos la voz de la Ley diciéndonos: “haz”, más nos damos cuenta de que la intención de Dios al hacernos entender eso es llamar nuestra atención a la voz del evangelio que proclama: “Hecho”. Por lo tanto, quiero concluir este décimo mandamiento dirigiendo nuestra

atención a lo que dijo Juan el Bautista cuando estuvo en el río Jordán: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

El postrer Adán vino a entregarse por los pecadores, pecadores que son culpables ante su Juez justo, pecadores que han pecado contra un Dios majestuoso y santo y pecadores que no tienen con qué apaciguar a Aquel que es fuego consumidor contra todo lo impío. Juan dirigió todos los ojos a Jesucristo, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. ¿Cómo lo hizo? Vino a cumplir la Ley. Recuerda Mateo 5: “no he venido para abrogar, sino para cumplir”. Su manera de vivir y de amar a Dios y a Su prójimo no fue el único cumplimiento de la profundidad de las demandas de la Ley, sino también [fue el cumplimiento de la Ley] Su manera de sacrificarse por los pecadores como el regalo máximo de amor cuando murió en la cruz.

Por lo tanto, permítanme recordarles el dicho de un viejo predicador ‘nuestra esperanza como pecadores caídos está en la obra y la muerte del Señor Jesucristo’. Él es la puerta, la única puerta, para que un transgresor pueda volver a Dios. Dios no puede y no bajará el estándar de Sus Diez Mandamientos. No estará satisfecho con algo inferior a la perfección. Pero ahora, en Jesucristo, Él nos ha provisto una obediencia a la Ley que Lo honra al máximo. No dudes de volverte al Señor Jesucristo, ese gran Sumo Sacerdote, pues Él puede salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios. Por lo tanto, escucha Su urgente llamado.

Después de ver estos Diez Mandamientos, ¿quién no siente pesar en el corazón al no hacer en cada momento lo que nuestro Dios de gracia nos llama a hacer y lo que nuestro Dios santo exige que hagamos? Por lo tanto, Jesús está delante de nosotros en este día, diciendo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados, tratando de guardar la ley, de honrarla, de quitar la culpa... y cargados, y yo os haré descansar”. ¿Cuál es el descanso? Ese descanso está en Su sacrificio como el pago por el pecado. Es en Su descanso en Su obediencia como la almohada de la paz y también es el descanso en Su habilidad y poder para hacernos caminar en el camino de la santidad.

Gracias. Que Dios bendiga estas palabras. Tenemos una lección más que considerar juntos sobre la Ley de Dios y la eternidad.